

Apóstol. ⁽¹⁾ Ordinariamente ingértase un árbol manso en uno bravo, para mejorarlo. Aquí, ocurre precisamente lo contrario. Por eso el Apóstol dice: «Advierte que no eres tú quien sostiene á la raíz, sino que la raíz es quien te sostiene». ⁽²⁾

Porque pretendemos destruir tal estado de cosas, atraemos lo sobrenatural á nosotros, en el polvo de nuestra miseria, en vez de elevarnos por medio de lo sobrenatural.

Es lo que igualmente sucedió á San Agustín, durante sus años de estériles luchas. Pretendía hacerse dueño de las verdades sobrenaturales. Pero fueron ellas más fuertes qua aquel espíritu gigantesco. No hizo más que cansarse y hundirse siempre más y más en el lodo de la tierra. Por último, el Dios misericordioso apiadóse de él. No le envió un ángel, ni un gran sabio. Fué una voz infantil que le dijo: «Toma y lee. ¿Quieres aquí ser maestro? Eso á nada conduce. Necesitas ser discípulo. No es vergüenza el ser discípulo de la verdad divina. Toma y lee; lee y toma». En aquel momento, vió con claridad cómo se podía encontrar la verdad. Dice de sí mismo refiriéndose al caso: «¡Oh! eterna verdad! Deslumbrabas mis débiles ojos con tu viva y penetrante claridad, y yo estremecíame de amor y de horror. Y yo me encontraba bien lejos de ti, en las regiones subterráneas en donde apenas oía tu voz que descendía de lo alto: «Yo soy alimento de los fuertes; cree y me comerás. Y no me haré tu substancia, como el alimento de tu carne; tú eres quien se convertirá en la mía». ⁽³⁾

Para nosotros también ahí está el único medio por el cual podemos llegar á comprender lo sobrenatural.

Ante todo, la manera de proceder debe ser sobrenatural. No basta que nos ocupemos tan sólo de general manera en lo sobrenatural. Necesario es que aprendamos á apropiárnosle. Pues bien, el verdadero modo para conseguirlo, está primeramente en la sumisión de nuestro corazón, y después en la de nuestra inteligencia.

(1) Rom., XI, 24.—(2) Rom., XI, 18.

(3) Passional, Köpke, 421, 23 y sig., según August., *Conf.*, VII, 10, 16.

Pero distamos mucho de eso, cuando con el *minimismo*, limitamos el deber de la sumisión á lo absolutamente necesario, es decir, á los dogmas definidos. ⁽¹⁾ Para un corazón creyente, su camino está trazado, al saber cual es el sentir de la Iglesia. ⁽²⁾ No quiere decir esto que no sea necesario examinar minuciosamente, en sus pormenores, la extensión y el contenido de las verdades sobrenaturales. Por el contrario, es de gran importancia, y por ese lado tenemos muchas negligencias y equivocaciones que reparar.

Veráse inmediatamente la verdad de lo que decimos, si damos una mirada á las tres clases principales de verdades sobrenaturales, de cuyo conocimiento depende la vivificación de nuestra fe y un impulso religioso más elevado.

9. Deber de la época tocante á las verdades de la fe sobrenaturales.—En la primera de dichas clases, ponemos las verdades de la fe, en el sentido propio de la frase, con todo cuanto les es conexo, según el espíritu de la Iglesia.

En lo concerniente á tales verdades, no cabe dudar que, en estos últimos tiempos, hiciéronse verdaderos esfuerzos para tener acerca de ellas más profundas ideas. Pero todavía se necesitará tiempo y trabajo para que arraiguen de manera general en los espíritus. Con frecuencia evítanse, con cierto temor, las doctrinas tocantes á los misterios, y por lo tanto, el contenido propiamente dicho sobrenatural de nuestra fe. Ó bien, si no se procede de esa suerte, trátaselas tan superficialmente cuanto es posible. Esto hasta ocurre en las escuelas de teología, ⁽³⁾ y á propósito de la enseñanza dada acerca de Dios, principalmente en lo que atañe al misterio de la Santísima Trinidad, la Providencia y las divinas perfecciones. ¿Por qué admirarse entonces de que los predicadores se atrevan tan raras veces á hablar de tales asuntos al pueblo, á quien le son tan queridos?

(1) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 331.—(2) *Ibid.*, 480.

(3) Afortunadamente, en España, no se dan esas cobardías teológicas: en los Seminarios españoles, la Teología, es lo que ha de ser: Sagrada Teología.—N. del T.

La razón de eso es muy sencilla. No teniendo acerca de ellos sino muy vagas nociones, no han tomado gusto á su contenido, y no se forman idea de su importancia para la vida cristiana.

El amable Martín de Cochem, nuestro primer escritor popular de los siglos XVII y XVIII, este hombre que poseía en extraordinario grado la lengua alemana, este teólogo tan profundo como rico de celo en favor de las almas, dice en el prefacio de su magnífico librito acerca de Dios: «Es doloroso que nosotros hombres desventurados, nada ignoremos tanto como el Dios bueno, y que trabajemos tan poco en hacer que desaparezca esa ignorancia. En el púlpito, en el catecismo, en la escuela, en el templo, en casa, háblase muy pocas veces de esa ciencia». ⁽¹⁾

Otro tanto cabe decir del misterio de la Redención. Ciertamente trátase de la persona del Hombre Dios en los manuales de teología. Mas el abismo inagotable de sus perfecciones considérase como cisterna de la cual nadie se atreve á abrir la puerta. Y la obra de Jesucristo, sus efectos, que Santo Tomás trató con tan maravillosa claridad y predilección tan visible, vense hace tiempo excluidos del programa. Por esa razón, el entusiasmo por el Salvador es tan pobre en nosotros, de igual manera que la exacta inteligencia de la obra de nuestra salvación, del plan de la Redención, y, por lo tanto, de la historia universal, de la cual es centro ese misterio. ⁽²⁾

(1) Martín von Cochem, *Büchlein von Gott*. Paderborn, 1864, p. XI. Además de este agradable libro se pueden recomendar Avrillon, *Reflexions théologiques sur les attributs de Dieu*; L. Lessius, *De perfectionibus divinis*, y su obra más reducida *De quinquaginta nominibus Dei*; D' Argentan, *Conférences sur les grandeurs de Dieu*, y Rogacci, *Von dem Einem Notwendigen*. Las meditaciones más excelentes sobre esta materia contienen las cien *Contemplaciones* de Alvarez de Paz (III, l. 3, p. 3); los más excelentes ejercicios de piedad ofrece (además de Martín de Cochem) la primera parte del *Paradisus animae christianae* de Merlo-Hostio, el más recomendable de todos los libros de rezo.

(2) Aquí se pueden recomendar, además de muchos libros de meditación, Ludolphus a Saxonia, *Vita I Christi*; B. Simon Fidatus a Casia, *De gestis Christi*; D' Argentan, *Conférences sur les grandeurs de J. C.*; Drexelius, *Deliciae gentis humanae*; Nouet, *Des betenden Christen Einsamkeit zur Erhaltung des Geistes Jesu Christi*; Bade, *Christotheologie*; Meschler, *Le-*

No hay porqué admirarse entonces de que jamás lleguemos á interesarnos verdaderamente en lo que importa al corazón de Jesús. Solamente puede comprender tales intereses en todo su alcance, quien conozca el precio y magnitud de su sacrificio, los obstáculos y dificultades de la obra de la salvación. Esto explica porqué el hermoso libro del P. Faber acerca de este asunto tan importante yace casi desconocido. ⁽¹⁾

Una de las mejores pruebas que demuestran cuán poco sabemos apreciar la persona y la obra del Salvador, es el poco cuidado que ponemos en la enseñanza referente á la Madre de Dios en nuestras obras teológicas. Scheeben es quien primero dió á esa enseñanza el lugar que le corresponde en la doctrina referente á la Redención. ⁽²⁾ Hasta él, nuestros mismos teólogos parece que creían que se trataba de un asunto á lo sumo bueno para alimentar la devoción de las mujeres y de los niños. ⁽³⁾

Quizá debamos deplorar que el frío protestantismo, la influencia del cual en este punto es evidente, nos haya arrebatado la poesía de los antiguos tiempos. Pero una cosa de la cual no siempre sabemos darnos cuenta, es que al proceder así, arrancó el corazón al Cristianismo vivo, reventó los ojos y le mutiló la cabeza, y que no tendría-

ben un seres *Herrn Jesu Christi*, y el excelente libro: *Connaissance de J. C.*, nueva edit., por el P. Schoupe, Bruselas, 1871. Propiamente, no pertenecen aquí las dos excelentes obras de Fr. Arias, *Thesaurus inexhaustus honorum, quae in Christo habemus* y de J. B. Saint-Jure, *De la connaissance et de l'amour du Fils de Dieu*.

(1) El libro á que alude el autor, es el delicadísimo trabajo, titulado: «Todo por Jesús»; y análogo, y del mismo P. Faber, es el que lleva por nombre, «La Preciosa Sangre». Ambos corren puestos en castellano.—N. del T.

(2) Bibliografía en Scheeben, *Dogmatik*, III, 476 y sig. Lépiciet, *Tract. de B. V. Maria*, París, 1901.

(3) En este punto, necesario es decir algo referente á los grandes estudios modernos acerca de Jesucristo y de su divina Madre. Véanse, pues, las obras de Monseñor Gay, «*Élévations sur la vie et la doctrine de N. S. J. C.*», y «*Les Mystères du Rosaire*»; y los libros, «*La Virgen María y el Plan Divino*», de Augusto Nicolás, «*Los Dolores de María*», del P. Faber, y la hermosa obra, recientemente publicada, acerca de la Santísima Virgen, del Canónigo J. Léman.—N. del T.

mos que deplorar tal frialdad, si nuestra fe en la Redención no hubiese sufrido considerable quebranto en sus bases más profundas, lo mismo que en sus más altas cimas.

Pero la mayor laguna en nuestro pensamiento y en nuestra vida, laguna que se parece á verdadero desierto, hállase en el poco caso que se hace de la enseñanza referente al Espíritu Santo. ⁽¹⁾ Tenemos, ¡ay! que sufrir la burla que Renán nos lanza, renovando una frase de Feurbach, cuando expresa su compasión por esa nebulosa alegoría poética, por esa tercera persona de la Santísima Trinidad, olvidada de sus adoradores. ⁽²⁾

Leyendo esto, pudiéramos creer que ese hombre veía más claro que nosotros. Algunas obras modernas, es verdad, principalmente la de Meschler, nunca bastante recomendada, han llamado la atención acerca del Espíritu Santo. ⁽³⁾ Mas, á pesar de eso, podemos decir que su persona, como su actividad, de la cual depende, no obstante, toda vida sobrenatural, no tienen por lo general en nuestro pensamiento y en nuestro corazón la estima que tener debieran.

No tratamos de hablar de su actividad extraordinaria. Los teólogos y los directores espirituales evitan prudentemente cuanto recuerda, aun de lejos, los milagros, las profecías y las intervenciones sobrenaturales extraordinarias. Con tal motivo, Santa Teresa dijo cierto día, con fina ironía, que «las inspiraciones más horrorosas de Satán no le causarían tanto pavor como las influencias más ricas y más fecundas del Espíritu Santo». ⁽⁴⁾

Queremos menos todavía tratar de su ordinaria actividad por la gracia. Si antes de ahora se habló tanto de la gracia, pero desde un punto de vista tan particular, que

(1) Sobre este punto, tan sublimemente hermoso, de la Teología Católica, véase la copiosa obra de Monseñor Gaume; hay algunos trabajos más, y ahora corre lo escrito por el Abate Sauvé, en sus «Élévations...»—N. del T.

(2) Renán, *Études d'histoire religieuse* (3), 411.

(3) Conocemos además las obras del Cardenal Manning, de Coulin, Janssen, Deutz y Regler, y el excelente librito de Zardetti, *Komm, Heiliger Geist*.

(4) Theresa, *Klostergründungen*, Kap. 8.

ni siquiera se pensaba en todo lo que el hombre debe hacer ante él, otro tanto se deja olvidado al presente. Y, sin embargo, enseñanos la fe que, por nosotros mismos, nada podemos hacer en el orden de la salvación, sino que nuestra capacidad para eso, ⁽¹⁾ y todo don excelente proceden de lo alto, ⁽²⁾ del Espíritu Santo, único que puede venir en ayuda de nuestra debilidad. ⁽³⁾

Basta eso ya para hacernos ver que tal negligencia no puede darse sin hacer grave daño á nuestra alma. Si sintiéramos más grande necesidad de la verdadera perfección, hablaríamos con mayor frecuencia de la gracia, y pensaríamos más en el Espíritu Santo. Y si nos cuidásemos más á menudo de Él y de sus dones, nos veríamos entonces bien pronto recompensados con tales progresos en la vida espiritual, que ni siquiera de ello tenemos idea. ⁽⁴⁾

Así vense tratados el Espíritu Santo y su actividad. Sus obras no logran mejor suerte. Si en los últimos tiempos, el amor y el respeto á la Iglesia, fundación del Espíritu Santo, hanse debilitado en grado tal, que solamente las más fuertes sacudidas y las pérdidas más sensibles, pueden atraer nuestra atención sobre los peligros de nuestra situación, y volvernos al camino de la salvación, quien no cierre sus ojos á la luz, fácilmente comprende que el poder de la Iglesia, su corazón, su sangre, su calor vital y todas las manifestaciones de su vida, no son otra cosa más que el Espíritu Santo obrando en ella. Él es quien vive y obra en sus sacramentos, en cuanto son canales de la vida, instrumentos de la gracia y medios de salvación y de santificación. Otórgales una fuerza que solamente apreciamos cuando los recibimos con frecuencia y con profundo espíritu de fe.

Mas ¡ay! respecto de eso, nuestra fe no es más viva que

(1) II Cor., III, 5.

(2) Iac., I, 17.

(3) Rom., VIII, 26.

(4) A esta necesidad ha puesto remedio Scheeben con su hermosa obra, según Eusebio Nieremberg, *Die Herrlichkeiten der göttlichen Gnade*. Recomendable es también Tarrien, *La Grâce et la Gloire*, 2 volúmenes.

la pobreza de nuestro respeto. ¿Con qué miramientos los santos y los fieles de otros tiempos no trataban las cosas más mínimas del culto de Dios? En ellas, veían la acción viva del mismo Espíritu Divino. Por eso rodeábanle de ceremonias tan ingeniosas y tan á propósito para despertar la devoción. Y esas ceremonias producían á su vez tal efecto en ellos que, cuanto hacían, cantos, movimientos, parecía que no eran ellos mismos quien los ejecutaba en honor del Altísimo. Hubiérase dicho más bien que era Jesucristo, el Pontífice Eterno y el Espíritu Santo, quienes se dignaban hacer todo aquello valiéndose de sus manos y de su boca.

Á la vez emocionados y confusos, vemos qué importancia considerable, Durand y sus discípulos dieron á las ceremonias litúrgicas que para nosotros á menudo carecen de valor. Pero cuando el ilustre Kreuser trató, con su vasta erudición, de hacernos conocer las antiguas ideas tocante á ese asunto, le mirábamos como á ser extraño, y para él no teníamos más que sonrisas y encogimiento de hombros. Apenas si comprendemos la penetración de la mirada de los hombres de antaño. En una gota de agua bendita, en un altar consagrado solemnemente por la Iglesia, su fe veía mayor santidad que la que nuestra frialdad ve, casi me atrevería á decir en el Santísimo Sacramento. ⁽¹⁾

No solamente es la vida interior de la Iglesia lo que se les ofrecía como una acción divina sobrenaturalmente cumplida, mediante instrumentos naturales, con frecuencia hasta pecadores, sino también su historia externa. ¡Cuán lejos nos hallamos de tal concepción! ¿Quién actualmente podría, á pesar de tanto hablar de estudios históricos, hacer, tocante á toda la historia de la Iglesia, un sermonario tan vasto como el de Gelasio Hieber? En aquellos tiempos, á pesar de toda la humana debilidad que aterra y turba con frecuencia nuestro mezquino espíritu, veíase con im-

(1) No hay que insistir aquí en la recomendación de la clásica obra de Guéranger. También debemos indicar á Dippel.

parcial mirada el efecto de lo sobrenatural sobre el mundo, y el efecto de lo terrestre en el otro mundo. Cielo, tierra, hombres, ángeles, santos, Dios, todo formaba para aquellos tiempos de fe un todo inseparable, un orden sobrenatural, un mundo divino, según las bellas frases de Dante: «Todas las cosas tienen entre sí un orden, y ese orden hace que el universo se asemeje á Dios. Aquí, las criaturas superiores ven la marcha del esfuerzo eterno (Dios), que es el fin á que tienden todas las reglas establecidas». ⁽¹⁾

La visión maravillosa, en la cual Santa Gertrudis veía la misa celebrada en el cielo en el momento en que se celebraba sobre el altar; ⁽²⁾ danos la idea más grandiosa de esa unidad. En Santa Verónica de Binasco, ⁽³⁾ y en las revelaciones de Santa Brígida, ⁽⁴⁾ encuéntrase el mismo pensamiento de que, durante el santo sacrificio de la misa, el cielo se inclina hacia la tierra, y la tierra elévase hasta el cielo. Pues bien, no se trata ahí de figuras poéticas; trátase de verdaderas realidades, como lo atestigua la palabra del Salvador: «Veréis el cielo abierto, y á los ángeles subiendo y bajando». ⁽⁵⁾

Los ángeles ¡ay! he ahí también una palabra que casi hemos olvidado. Casi podemos llamarles un mundo perdido para nosotros. Apenas si hablamos de ellos todavía ante los pequeñuelos. Mas, ¿cuántas son las grandes personas entre nosotros que todavía piensen en ellos, estén en relación con ellos y les agradezcan los inapreciables servicios que les han hecho?

No de otra suerte acontece con los santos. Es cosa evidente. Nuestros pensamientos y nuestra vida serían mucho más sobrenaturales, si tuviéramos conciencia de los bienes que á ellos nos unen, y si comprendiésemos el artículo de la fe sobre la Comunión de los Santos. Necesita-

(1) Dante, *Parad.*, I, 103 y sig.

(2) Gertrud., *Legatus divinae pietatis*, 4, 59.

(3) Isidor. ab Isolanis, *Vita B. Veronicæ a. Binasco*, 8, 20 (Boll. Jan. II., 199, Paris).

(4) Brigitta, *Revelat.*, 8, 56.

(5) Ioan., I, 51.

ríamos comenzar por obrar como ellos, imitar sus sacrificios, su santidad, para entender todo el consuelo y riqueza que se hallan en la doctrina del tesoro de la gracia, de los méritos del Cristo y de los santos.

Finalmente, otro tanto sucede en lo tocante á la doctrina de lo que está más allá de la eternidad y de nuestro fin último. Si mantuviéramos más relaciones con el cielo, y si nos cuidásemos más de las cosas que, según la Escritura, son los más seguros preservativos contra el pecado, ⁽¹⁾ quedaríamos bien pronto dolorosamente sorprendidos al ver que nuestros manuales teológicos apenas tratan de las doctrinas tan importantes de los últimos fines de la vida eterna y de Dios, como el fin sobrenatural más elevado que existe, á la vez que fin de todo lo creado. ⁽²⁾

10. En cuanto á la moral sobrenatural.—Por ese breve resumen, vemos el vacío y el empobrecimiento de nuestro pensar y de nuestra fe. Apenas se da materia alguna del orden sobrenatural, en la cual no sea dado indicar sensibles lagunas.

Pues bien, el descuido de las verdades de la fe lleva naturalísimamente al grave perjuicio causado á la moral sobrenatural.

Forma ésta el segundo dominio sobre el cual las necesidades presentes exigen vigorosos esfuerzos para llegar á más elevado nivel. Quizá se hace más necesario aquí que en el precedente dominio. Á causa de una penetración más profunda de las verdades de la fe, ha sido producido sensible adelanto recientemente en lo que á ellas atañe. No podemos afirmar ese mismo adelanto en lo tocante á la moral.

Tiempos hemos tenido en que la ética cristiana era ó una casuística árida, ó no era más que una moral de hombre honrado, puramente natural. Evitaba cuanto podía lo

(1) Eccli., VII, 40.

(2) Keel, Méric, Stöger, Bautz y Atzenberger también han llenado este vacío. La obra del obispo Schneider, *Das andere Leben*, es de todos conocida.

que era cristiano en el sentido propio de la palabra. Habría considerado como rebajamiento de su carácter científico, el trabajar en dar impulso á la voluntad ó aun al corazón, y en favorecer la ascética. Creía llenar su misión, al parecer, con tal que nadie le pidiese luz, consejos ó ánimos en las cuestiones de la vida sobrenatural.

Si hablaba de mística, á lo sumo era para dedicar algunas líneas á la pretensa incompatibilidad que suponía darse entre ella y la escolástica. Mas veíase que hablaba de eso como un ciego habla de los colores, y que no se había atrevido á mirar á la escolástica más que se atreve el visionario á mirar á un espectro.

Habría sido, si no mejor, por lo menos más prudente callar en ese punto como se hizo en otra parte en lo referente á otras muchas cosas, que, sin embargo, forman parte de las más sublimes materias que le atañen.

Apenas si se trataba también de las virtudes teológicas en general y de la fe, lo propio que de la esperanza en particular, virtudes que son precisamente base fundamental y flor de la vida sobrenatural. Hablábale, es verdad, de la caridad divina como de una práctica secundaria, aislada; pero hablábale tan deprisa y con tal frialdad, que nadie comprendía su sublimidad, no se sentía encendido ante los rayos de su belleza, y no se daba importancia alguna á su influencia sobre la vida entera. Pasábase por entero en silencio toda la enseñanza de las virtudes morales sobrenaturales infusas y de las virtudes intelectuales. Ni siquiera se trataba de los dones del Espíritu Santo, con sus frutos y sus efectos santificantes. Esos resortes de la vida mística, á los cuales la antigua teología atribuía tan grande importancia, ⁽¹⁾ dejábanse en el más completo olvido. Nada tampoco de los dones de la gracia. ⁽²⁾

En una palabra, habíase descopado el árbol maravilloso de la moral sobrenatural; habíanse mutilado sus más hermosas ramas; hasta habíanse perjudicado su corazón y sus

(1) Thomas, 1, 2, q. 68, 69, 70.

(2) Cf. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 277 y sig., 255 y sig.